

Las trojes del género más común son redondas, de cuatro á seis pies de altas, construídas de piedra y lodo, y con techo de tablas de ocote aseguradas con piedras y tierra. Hay otras del mismo tamaño, que son cuadradas, hechas de tablas aseguradas de las esquinas, y techadas asimismo de tablas. Se encuentran estas diminutas construcciones dentro de las cuevas, ó se levantan en lugares de difícil acceso, tal como en lo alto de las rocas. Hállanse á veces en lugares solitarios, pero más á menudo junto á las habitaciones. Es curioso el efecto que producen á la vista las construídas sobre las rocas cerca de alguna cabaña, pues parecen minúsculas chimeneas de una fábrica. Ellas, más que ninguna otra cosa, proclaman con toda evidencia el cuidado que van teniendo de su escasa propiedad los pueblos que llegan á un grado de desarrollo que los induce á cultivar el suelo, estableciendo la primera diferencia entre las tribus salvajes y las nómadas que son siempre pródigas é imprevisoras. Llegué á ver diez de dichas trojes, y aun catorce, en cierta ocasión, junto de un domicilio, pero por lo común sólo se encuentran una ó dos.

Usan también para trojes las cuevas pequeñas, especialmente cuando es difícil llegar á ellas y están ocultas á la vista, y á veces las hacen con armazones regulares de troncos.

## CAPÍTULO IX

LLEGADA Á BATOPILAS—ASCENSO DE BATOPILAS Á LA SIERRA—UN TARAHUMAR QUE ESTUVO EN CHICAGO—UN TRUHÁN RETIRADO—FUGA DE NUESTRO GUÍA Y SUS DESASTROSAS CONSECUENCIAS—LOS INDIOS QUEMAN LA YERBA DE TODA LA REGIÓN—CRECEN LAS DIFICULTADES PARA QUE CAMINEN LAS BESTIAS—MR. TAYLOR Y YO NOS DIRIGIMOS Á ZAPURI—SUS ALREDEDORES—LA PITAHAYA EN SAZÓN.

PROSEGUIMOS al sur, cruzando la barranca del Cobre en un punto donde alcanza una profundidad de 3,300 pies. El camino que seguíamos era bastante bueno, pero pasaba junto á peligrosos precipicios donde quedaron muertos dos burros. Parecía haber allí una vertiente divisoria, pues el clima era fresco y húmedo, y las cumbres más lejanas se veían al sur y al oeste envueltas entre brumas y nubes. Aunque la barranca de Batopilas no es tan estrecha y tan imponente como la que acabábamos de pasar, con todo, mirando desde lo alto el fondo sombrío de su majestuosa abertura, se sentía uno amedrentado.

Siguiendo las vueltas del camino descendente, que está muy bien dispuesto, bajamos al cañón y acampamos á pocas millas de la ciudad de Batopilas. Las minas de plata que hay allí, antiguas y famosas, fueron descubiertas en el siglo



Flores de Cactus.



XVII. El inteligente y bien conocido minero Mr. A. R. Shepherd me recibió muy cordialmente, cautivando con su bondadosa cortesía á todos los miembros de la expedición.

Hábíame convencido por mi reciente experiencia de que el único medio de estudiar bien á los naturales es vivir entre ellos por algún tiempo, y como esto era imposible con toda la gente que llevaba, resolví deshacerme cuanto antes de todos y quedarme solo.

El sol era abrasador, y conforme iban aproximándose las aguas, crecía el calor y los animales iban debilitándose más y más. Dispuse como de la mitad de ellos, y reduje también, en proporción, el número de ayudantes y el equipaje. Continuando el viaje con las flacas y hambrientas mulas, nos era bastante penoso ascender el costado sur de la barranca de Batopilas; pero gozamos en la cresta de la fresca brisa que nos fue gratísima después del enervante calor que sentimos en el fondo.

Llegamos así al pueblo de Yoquibo (yōquí = *azulejado*; ïvo = *mesa*: abejaruco de la mesa), donde tuve que detenerme algunos días para reconocer el camino. Supe que los indios habían quemado la yerba casi hasta los ranchos de Guachóchic, nuestro punto objetivo, pues por ese tiempo (en mayo) proceden siempre de ese modo y se ve toda la región envuelta en humo. Considéranlo necesario para producir la lluvia, ya que en su opinión el humo y las nubes vienen al cabo á dar el mismo resultado. Pero la cosa es extremadamente molesta para los viajeros y las bestias, pues sólo por accidente quedan aquí y acullá algunas manchas de pasto, siendo casi imposible avanzar.

No bien hube llegado, fui á ver al gobernador, á quien encontré, con gran sorpresa mía, ocupado en enseñar á su mujer á tejer. Hacía tres meses se le había muerto de viruelas su primera esposa. Los viejos solterones y los viudos tienen mucho trabajo en encontrar mujer, porque las bellas tarahumares sienten especial preferencia por los

jóvenes; pero un indio solo se siente muy infeliz, pues que se ve obligado á desempeñar todas las faenas de la mujer, que son muy laboriosas y, por lo mismo, nada de su gusto. Para fascinar á la joven, tenía, pues, el gobernador que ingeniarse hasta el punto de enseñarle á hacer ceñidores y vestidos.

Al día siguiente se me presentó á pagarme la visita, llevando consigo su arco y sus flechas. Ya me habían dicho en Batopilas que el grupo de indios que haría dos años habían sido exhibidos en la exposición, por un viajero que murió ya, como habitantes de las cavernas, habían sido reunidos principalmente en las cercanías de Yoquibo. Mi visitante era uno de dichos indios, y ya se comprenderá mi curiosidad de conocer la impresión que había producido el mundo civilizado en aquel hijo de la naturaleza que no había visto nunca más que bosques y montañas; de suerte que la primera pregunta que le hice fue: "¿Qué te pareció Chicago?" "Se parece mucho á aquí,"—fue la inesperada respuesta. Lo que más le había impresionado, á lo que parece, no era ni el tamaño de la ciudad ni la altura de sus edificios, no obstante que los recordaba bien, sino la mucha agua junto á donde vive la gente. Le había gustado viajar en ferrocarril, pero se quejaba de que no había bastante que comer en el camino.

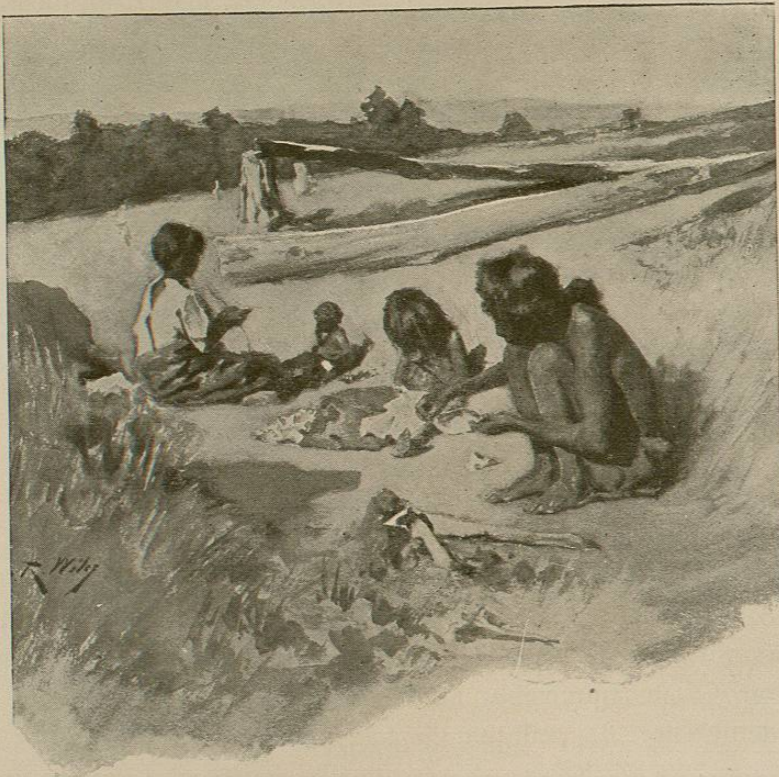
Su viaje le había familiarizado con los blancos y sus raros é incomprensibles hábitos, haciendo de él una especie de filósofo. Le pedí que me acompañara á visitar las pocas casas que allí había, por ser aquellos indios muy tímidos y vergonzosos, y aunque estaba muy ocupado, á lo que pude ver, atendiendo como lo hacía tanto á sus animales como á su mujer, fue de buena gana conmigo á dos de los domicilios. Vi una mujer que tenía hijos gemelos, el uno de miserable aspecto, seguramente por falta de alimento.

Había también algunas grutas cerca de Yoquibo, una ó dos de las cuales estaban ocupadas. Habiendo salido por la tarde yo solo, desaparecía la gente al punto como me veía,



excepto un grupo de mendigos forasteros que no pararon mientes en mi persona, ocupados como estaban en disponer para la olla cierta clase de gusanos que extraían de los capullos blancos y sedosos que se forman en los madroños.

Díjome el guía que los indios, que como aquéllos, mendigan para comer, siempre devuelven á quien les da limosna lo que



Recogiendo larvas.

han recibido, tan luego como sus circunstancias se lo permiten.

Encontré también en Yoquiibo á uno de los mexicanos aventureros que van con cualquier pretexto á los pueblos de los indios y se quedan allí. Algunos se ocupan en su oficio, generalmente el de herrero, otros la hacen de "secretarios" y escriben á los indios las comunicaciones que

tienen que enviar á las autoridades; otros más se dedican al comercio de mercería, comprando ovejas y ganado á cambio de baratijas, tales como telas baratas de algodón, abalorios, etc.; pero los más venden á los indios mezcal. El que estaba en Yoquiibo habíase establecido en el único cuarto de la derruída vicaría, que había quedado intacto, y se procuraba la vida proveyendo á los indios de ese aguardiente.

Todo su aspecto, y con especialidad, sus ojos inconstantes y pérfidos, traicionaban al bandido, y seguramente que había ido á parar allí para ocultarse de la justicia, como casi todos los de su ralea. Era algo hipocondríaco; quejábase, entre otros achaques, de tener en el estómago un animal que le había entrado por una herida que le habían inferido hacía algún tiempo. Cuando me fue á ver para que le diera algún remedio, llevaba consigo un buen rifle, y á pesar de su dolencia, real ó imaginaria, sobrepúsose en él su natural pendenciero cuando le hice un elogio de su arma, pues, medio entornando los ojos, murmuró entre taimado y doloso: "Después de Dios, mi rifle!"

Tras mucho buscar, pude encontrar al fin un indio que quisiera servirme de guía para la nueva etapa de nuestro viaje. Era un hombre de edad ya madura, y al oscurecer, sentóse tranquilamente á cenar junto al fuego de nuestro campamento, cuando apareció en la escena la corpulenta figura de Mr. Hartman, envuelto en su capote militar, quien probablemente pareció al indio, al verlo á la luz del crepúsculo, muy marcial y amenazador. Sea lo que fuere, esa aparición produjo en nuestro guía el efecto más inesperado. Oí de pronto cierto ruido, y volviendo la cara, vi que el hombre corría con toda la velocidad de sus piernas, y que sin cuidarse de la cena y de su frazada, que dejó abandonadas, huía hacia la barranca desapareciendo pronto en la sombra para nunca volvérsenos á presentar. Se le figuró que el soldado llegaba para apoderarse de él y matarlo; que la olla que estaba en el fuego la teníamos dispuesta para cocerlo, y que unas cala-



veras, amontonadas junto á una de nuestras tiendas, eran las de los infelices que habíamos devorado. Aludía seguramente á cuatro cráneos que había extraído yo de una antigua gruta sepulcral. Agregaré que el indio en cuestión había sido arrestado hacía algún tiempo por que sé yo que delito, y se había escapado de la cárcel. Como los soldados, es decir la policía, andaban tras él, tomó á Mr. Hartman por uno de sus perseguidores, y puso pies en polvorosa.

Aquel incidente nos fue bastante perjudicial, pues á causa de las terribles cosas que contó de nosotros, los indios, que son naturalmente suspicaces, hicieron por toda la sierra anunciar á la tribu la aproximación de unos hombres que comían gente. Inquietos como estaban con lo que les habían dicho de nuestros extraños procedimientos en Cusarare, ó sea de nuestro empeño en fotografiarlos, y la estupenda aventura del fugitivo guía no pudieron menos que confirmarlos en sus salvajes temores, cundiendo la alarma á manera de incendio y creciendo el terror como una avalancha. Encontrábamos los ranchos desiertos, y las mujeres y niños se ocultaban de nosotros lanzando gritos al punto como nos divisaban. Á cada paso tropezábamos con obstáculos. En donde quiera que llegaba, se me aborrecía en la convicción de que me alimentaba de niños y maíz verde, y durante los cuatro ó cinco meses siguientes, fue en extremo desalentador mi proyecto de ganarme la confianza de los indios.

Aunque era imposible conseguir otro guía, emprendí una salida al día siguiente por un buen camino que va por el sur á Guachochic. Nuevos obstáculos se me presentaron. Los animales se desmejoraban visiblemente, pues además de ser la estación en que cambian de pelo, lo que los pone en muy mal estado aun en las mejores circunstancias, los míos se hallaban exhaustos por falta de alimento. No querían comer la yerba seca, y el pasto verde era todavía demasiado escaso para bastar á su sustento. Lo que me habían dicho de que los naturales habían quemado todo el zacate, aparecía

de todo punto exacto, no quedándome más recurso que acampar en Tasajisa, apenas á un día de viaje, donde había algún pasto en las cumbres libres aun del fuego. Dejando la mayor parte de lo que llevaba y como la mitad de las mulas, al cuidado del arriero principal, proseguimos el camino Mr. Taylor y yo, con los animales mejores y más fuertes, haciendo un rodeo rumbo al pequeño mineral de Zapuri, en cuyas cercanías se hallaban algunas cuevas que quería explorar.

Después de un día de marcha volvímonos hacia el oeste y pasamos de la región de los pinos. Abundaban cerca de nuestro campamento los pavos, y vi también un carpintero gigante, pero cuando lo tuve á tiro, voló haciendo fuerte ruido con las alas. Pronto comenzamos á bajar, y después de un largo y fatigoso día de caminar sobre cuevas y sierras, y atravesar una ancha barranca rodeada de magníficas y elevadas montañas, llegamos al caer la tarde á Zapuri. El superintendente de la mina, para quien llevé una carta de presentación del propietario de la misma, nos ofreció cordial hospitalidad. Espléndido era aquel clima; las noches agradablemente frías y las mañanas deliciosamente serenas: todo lo cual era más digno de apreciarse después de los vientos de la sierra que acabábamos de sufrir.

Desde que llegué tuve la buena suerte, gracias á la bondad del superintendente, de conseguir un arriero mexicano y algunas mulas vigorosas, que llevaron á Mr. Taylor al Parral, en su regreso para los Estados Unidos. Mr. Hartman permaneció dos meses más con la expedición, y el año siguiente volvió á reunírseme por algunos meses. Conseguí también para mí un guía que me acompañó en la excursión que hice á las cuevas de las barrancas próximas. Recorridas unas diez millas por muy malos caminos, llegamos á la morada de una anciana tarahumar, á quien se reputaba muy rica. Conociendo la exageración de los mexicanos á este respecto, calculé que los doce costales de pesos que tenía



ella escondidos, según se decía, no debían de pasar de cincuenta á cien pesos mexicanos. Sea lo que fuere, en lo único en que manifestaba su riqueza, era en los muchos hilos de cuentas de vidrio que rodeaban su enjuto cuello, y que no debían de pesar menos de seis ú ocho libras. En cuanto á su residencia, la componían principalmente cuatro ó cinco casas circulares de piedra.

El ganado constituye la principal propiedad del indio tarahumar que se considera satisfecho cuando tiene tres ó cuatro cabezas, entre bueyes y vacas, y una docena de ovejas y cabras. Supe de uno que poseía hasta cuarenta cabezas de ganado, pero la excepción es rara. Pocos tienen caballos y ninguno cerdos, para que no les destruyan los sembrados y también porque los creen *gachupines*. Aunque comen á veces carne de puerco, nunca sacrifican á dicho animal. Tampoco tienen guajolotes en sus corrales, pero sí algunas gallinas, y no faltan familias, aunque raras, que tengan alguna paloma ó alguna codorniz. El indio que tiene un buey pueda arar un buen espacio de terreno y recoger bastante maíz, pero rara vez lo vende.

Cargamos lo más necesario en nuestra mejor mula, y con el guía y dos indios, que llevaban bultos, descendimos al río. El camino era bastante bueno, pero al acercarnos al río había algunos lugares malos, en uno de los cuales golpeó contra una roca el aparejo de la mula, lo que la hizo rodar por la pendiente como unas siete varas, cayendo montada sobre el tronco de un árbol. El muchacho que la conducía, afanoso de hacer algo, soltó el cabestro, de suerte que no había por donde coger al animal si no era por las orejas. Asílo, pues, por una de ellas, asegurándome de una rama, mientras el inteligente animal se mantenía perfectamente quieto sobre el tronco, y logrando sacar mi cuchillo de monte y cortar las cuerdas de la carga, que rodó hasta abajo de la colina, pudo la mula, aliviada de su estorboso peso, ponerse en pie y subir nuevamente, gracias á que había nacido y se había criado

en la barranca, pues de otra manera nunca hubiera llevado á cabo tal hazaña.

Al oscurecer llegamos á la parte de una barranca llamada Ohuivo (*Ōví* = *volver*, ó sea "lugar á donde volvieron") sobre el río Fuerte. Los indios de allí, á pesar de la influencia que ha ejercido en muchos la proximidad de las minas, son reticentes y desconfiados, y ninguna ascendencia tenía evidentemente sobre ellos nuestro guía. Fue imposible hacerlos consentir en fotografiarse y ni el gobernador quiso someterse á tan terrible prueba.

Durante los días que permanecí en ese valle, no varió el calor de 100°, de día ni de noche, lo que era bastante molesto y hacía excesivo todo esfuerzo. El campo parecía tostado y no se veían más que algunos cactus, entre los que sobresalía el órgano de la pitahaya, cuyos brazos de color verde oscuro permanecen inmóviles al embate del viento y de la tempestad. Producen el mejor fruto silvestre que se da en el noroeste de México, y como era precisamente la estación en que madura, acudían á recogerlo todos los indios de los alrededores. Crece del tamaño de un huevo, y su carne es suave, dulce y alimenticia. Como la planta alcanza un tamaño de veinte á treinta y cinco pies, se valen los indios, para cortar la fruta, de una caña larga que tiene en un extremo cuatro ganchos, y la van depositando en unos cuévanos de mimbre que llevan á la espalda sostenidos por medio de correas. Es curioso ver á los hombres, mujeres y niños partir alegremente al amanecer, armados de sus delgadas varas, trepando con gracia y agilidad las ásperas cumbres para ir en busca de las pitahayas, que son más sabrosas cortadas bajo el fresco de la mañana, que cuando se recogen durante las horas cálidas del día. Aquella fruta, cuya producción dura cerca de un mes, se presenta cuando es más necesaria, en lo más fuerte del caluroso junio, para mayor regalo del pueblo. Los mexicanos gustan también mucho de la pitahaya, y con frecuencia se alejan los criados de la casa donde sirven



para ir á cortarla en sazón. Las blancas y hermosas flores de la planta no brotan nunca sobre el lado de los tallos que da al norte.

Esta fruta, por supuesto, entra en la religión de los indios, quienes asocian á ella, en sus creencias, á la hermosa guaca-



Cortando pitahaya.

maya que vuelve de sus emigraciones por las latitudes meridionales, cuando el pitahayo está en flor, lo que hace suponer á los indios que acude el ave para ver si se dará mucha fruta, y se vuelva á la costa, para regresar en junio, cuando aquella

ha madurado. He aquí, por ejemplo, el sentido de una de las canciones de la guacamaya: "La pitahaya está madura, vamos á recogerla. Córdense los otates!\*" La guacamaya viene de la tierra caliente para comer las primeras frutas. Desde muy lejos, desde la tierra caliente, vengo cuando están cortando los otates, y me como los primeros frutos. ¿Por qué quieren quitarme ustedes los primeros frutos? Son míos. Me como la fruta, y arrojó la cáscara. Cuando me he satisfecho de comer, me retiro cantando. Quédate aquí, arbolito, sacudiéndote mientras yo me alejo! Voy á volar en el aire y algún día volveré para comer tus pitahayas, arbolito!"

\* Los que sirven para arrancar las pitahayas.